

Acad. II
Esp. 84

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. ANTONIO HERNÁNDEZ Y FAJARNÉS

EL DÍA 17 DE ENERO DE 1909



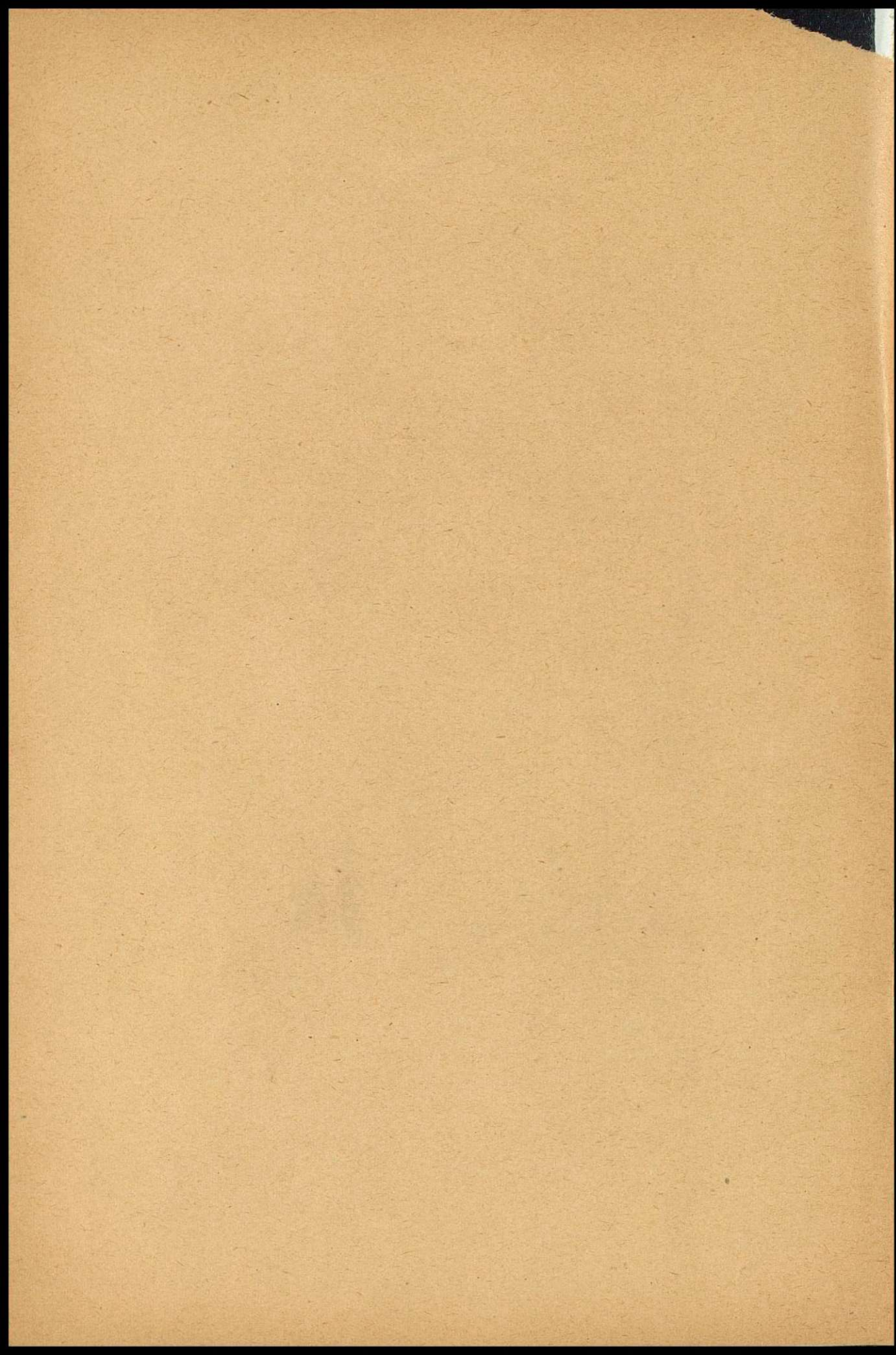
MADRID

EST. TIP. DE LOS HIJOS DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4.

1909



R. 40688

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. ANTONIO HERNÁNDEZ Y FAJARNÉS

EL DÍA 17 DE ENERO DE 1909



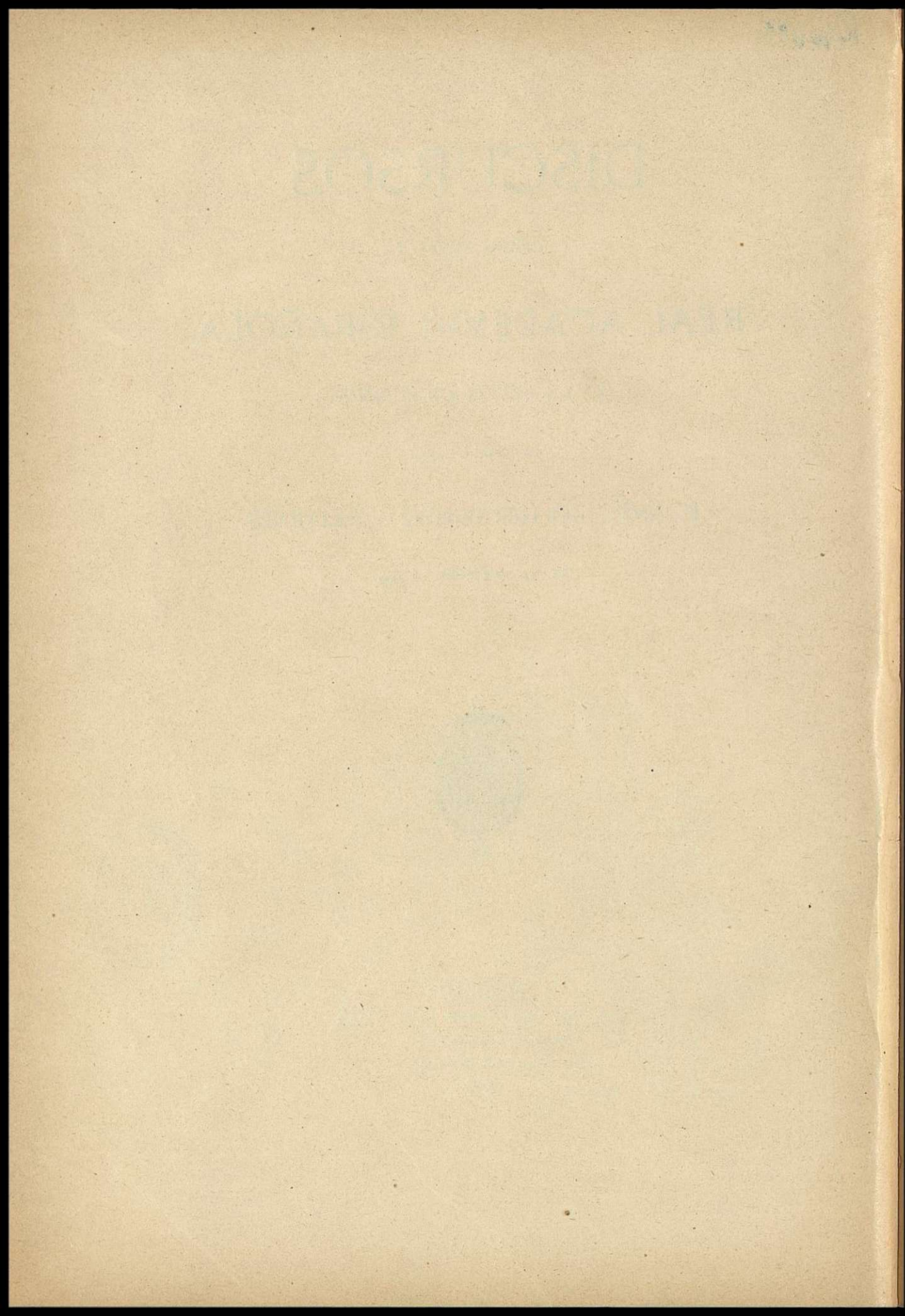
MADRID

EST. TIP. DE LOS HIJOS DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4.

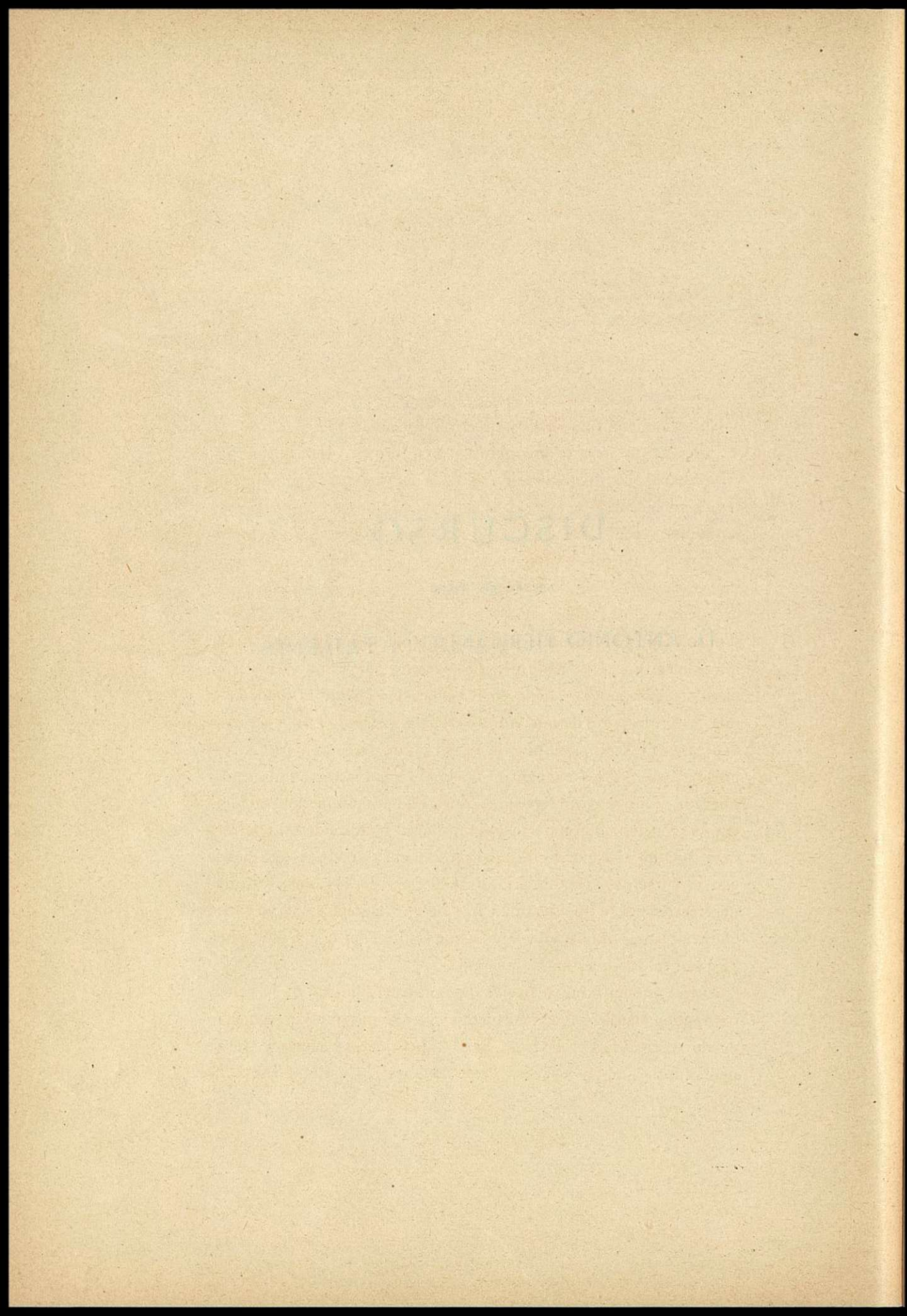
1909



DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR

D. ANTONIO HERNÁNDEZ Y FAJARNÉS



SEÑORES ACADÉMICOS:

No he comenzado aún y ya quiero haber concluído.

Porque si un insigne miembro del Instituto de Francia pudo escribir hace poco, para ocasión igual á la presente, que no había tenido miedo hasta ceñirse el espadín de su honroso uniforme, con no menor verdad debo confesaros que hasta la elección generosísima con la cual me favorecísteis, no he palpado yo que ni sé pensar, ni sé escribir un discurso.

Además, diré también que mis propósitos y deseos de satisfacer pronto al primero de mis deberes reglamentarios los han hecho imposibles dolencias no esperadas (¡quiera Dios que ya hubieren pasado!) Porque urge tanto en el código de la gratitud publicar la mía, y no obstante de que vosotros fuísteis elegidos por bien eminentes méritos propios, tuvo la vuestra tan preciosa y precisa expresión, que yo no encuentro modo de manifestaros mis sentimientos, y me permitiréis expresarlos callando; porque mucho temo que la emoción sólo me consienta imitar al hombre de mi pueblo y raza cuando, más que decir, gime un «muchas gracias,» recogiendo con el dorso de su mano la lágrima que cae de sus ojos, testimonio irrecusable de que dominan en su corazón afectos que no saben enunciar sus trémulos labios, y de que siente bien lo que dice quien dice tan mal lo que tan bien siente.

Luego aumenta mi turbación la eminente dignidad de la persona á quien sucedo en esta Academia, ya que por ningún concepto puedo sustituirla: el Excmo. Sr. D. Juan de la Pezuela y Ceballos, Marqués de la Pezuela, Conde de Chestre, Capitán General de

nuestro Ejército y Director de la Real Academia Española, cargo que habíais como vinculado en su persona. Nacido en la capital del Perú é hijo de su Virrey, el primer Marqués de Viluma, profesó en la milicia de las Armas, al mismo tiempo que en la de las Letras, desde su infancia; durante una vida casi centenaria y en una época agitada por revoluciones de todo género, se mantuvo fiel á los principios religiosos, políticos y literarios que dirigieron su educación y sus estudios, y alcanzó, con dignidad para todos, el decanato de la Milicia, de la Aristocracia, de las Órdenes militares y civiles y del glorioso renacimiento de las Artes y de las Letras, que engrandeció el advenimiento y reinado constitucional de Isabel II. No intento trazar el elogio del Excmo. Sr. Conde de Cheste: lo tendrá, y muy cumplido, en esta Real Academia; ni tampoco exponer la significación histórica de tan insigne militar y patricio, el cual vivió con tamaña lealtad, que jamás necesitó cambiar de nombre, ni de costumbres, ni en el campo de batalla, ni en el Gobierno, defensor, nunca rendido, de la Monarquía constitucional.

Apuntaré solamente, con la alabanza debida á sus merecimientos, los de su vida literaria, recordando su aparición en los famosos Colegio de San Mateo, que dirigió el gran maestro Lista; la «Academia del Mirto,» por este mismo fundada para superiores estudios literarios; el «Parnasillo,» hogar de los poetas y escritores de época tan fecunda y gloriosa para las Letras españolas; y dentro del Parnasillo, en la *partida del trueno*, «verdadera charanga de aquella legión poética» de «ingenios tan privilegiados,» entre los Espronceda, Ventura de la Vega, Ortiz, Bautista Alonso y de los Santos Alvarez, ya aparece insigne Pezuela, como dice Mesonero Romanos.

La necrología escrita por el Sr. Conde de Cheste para la edición de las obras del verdaderamente grande Ventura de la Vega; el hermoso libro consagrado por el Marqués de Molíns á Bretón de los Herreros; las *Memorias de un setentón*, del mismo docto y pulcro Mesonero Romanos; el insigne prosista Valera, con su conti-

nuación de la *Historia de España* de D. Modesto de Lafuente, tomo XXII, y antes que estos ilustres escritores el *Diario de Zaragoza*, la *Revista Española* y *El Correo*, «periódico literario y mercantil» (años 1832, 33 y 34), celebran las obras dramáticas del ya entonces laureado en los campos de batalla por acciones de guerra; las cuales, pronto, en más graves empeños, presentarán ante filas al Capitán Pezuela á la admiración de nuestros heroicos soldados; después de que Zaragoza le dedicaba á su regreso de la acción de Lidón (Mayo de 1834), sobre la escena del Teatro Principal, muy notable fiesta literaria; y el mismo *Diario de Zaragoza* publicó el 2 de Mayo de 1834 un *Himno* «al valiente Capitán del quinto Regimiento de Caballería de línea y poeta árcade D. Juan de la Pezuela, vencedor de la facción de Conesa en los campos de Lidón.»

Porque yo bien debo recordaros que por tierra aragonesa lucieron las primeras proezas de tan insigne soldado, las bizarrías del gallardísimo Capitán Pezuela, y que en el Teatro Principal de la S. H. Zaragoza, mi siempre querida patria, recogió los primeros laureles de la escena; los *verdaderos*, no más fáciles, ni menos gloriosos, que los de Marte.

Ya en 1828, y había nacido en 1809, compuso la ópera italiana *Bianca di Navarra*, y, en premio, fué nombrado poeta árcade de Roma con el nombre de «Olmisto Isaurense,» y en los años siguientes va dando muestra de sus talentos y estudios con el drama *La Extranjera*, *El Augusto* y *La Sonámbula*; con sus arreglos del Teatro francés *Dos horas de descanso* y las *Dos hermanas* (Scribe), representada por vez primera en el Teatro del Príncipe el 1.º de Mayo de 1833; con el drama *El último abencerraje*, estrenado en Zaragoza el 24 de Julio de 1832, «drama nuevo en tres actos, con motivo de los días de la Reina,» escrito en el género romántico por D. Juan de la Pezuela, Capitán de Caballería, entre los árcades de Roma *Olmisto Isaurense*, según el citado *Correo* escribe, alabando esta composición, «su buen lenguaje,» el interés de su argumento y su desarrollo..... aunque «el primer galán ni ha entendido

ni sabido siquiera de memoria su papel.» Juicio origen de curiosa polémica periodística que podrán leer cuantos la ignoren en el excelente libro, antes citado, del Marqués de Molíns, *Bretón de los Herreros*; constante y fiel amigo de Pezuela, grande estimador de los talentos poéticos del insigne Capitán, y de prendas tal vez de mayor valía; los afectos de una amistad fraternal que honra tanto al popular poeta, como al noble Pezuela, y al biógrafo de uno y otro en buena parte de su curioso libro.

Finalmente, la tragedia en cinco actos *Isara* y *Las gracias de la vejez*, escrita para estrenarla también en Zaragoza, «tan aplaudida en sus muchas representaciones,» como decía el anuncio del beneficio de D. Juan Lombía, el 31 de Enero de 1834, cartel formado por esta obra y la comedia de otro Académico insigne, el inmortal Bretón de los Herreros, *El tercero en discordia*, són las demás composiciones dramáticas de Pezuela.

Pero no son estas obras, en mi pobre juicio, el blasón mayor de la vida literaria del ilustre Conde de Cheste. Estaba en el sitio de Morella; y con el estudio y traducción del Tasso y de los grandes poetas italianos compartía el breve descanso que le permitían los hechos de armas que obligaron al General Oráa á disponer desfiles militares en honor de Pezuela. Allí comenzaba los estudios del ciclo épico que representan los poemas del Dante y Tasso, Ariosto y Camöens; de su civilización y empresas, del genio de las respectivas razas y del dominio de nuestro idioma y de los idiomas originales de tan celebrados poemas. Que si la *traducción* no ha de ser *traición*, si el que traduce ha de ser fiel, según doctrina del Príncipe de los ingenios, las traducciones rimadas del Conde de Cheste representan una magna obra en las Letras patrias para la divulgación de poemas inmortales en la Literatura de todos los pueblos y para la vivificación del propio idioma por los estudios léxicos que requiere.

Bien caracteriza ésta más difícil que admirada empresa al Conde de Cheste, Académico de la Española desde el año 1845 y su Director nobilísimo durante ocho elecciones consecutivas.

Por su larga vida y por lo que en los presentes corren los tiempos, Pezuela había conquistado un lugar y juicio honrosos en la historia patria, y justo es que prefiera, á cuanto el examen de las obras del Conde de Cheste nos dice, los dictámenes de literatos como el Marqués de Molíns y Valera. El primero de estos dos insignes Académicos, aparte ya del libro consagrado á Bretón de los Herreros, en el prólogo que escribió para *La Comedia de Dante Alighieri, traducida al castellano en igual clase y número de versos por el Capitán General D. Juan de la Pezuela, Conde de Cheste, de la Real Academia Española*, prólogo que es un estudio magnífico de la creación de Dante, de las dificultades para traducirla á nuestra lengua, y sobre los méritos de su insigne traductor, declara: «La presente traducción ha sido á trozos, y al compás que se hacía, leída y aplaudida en la tertulia literaria de quien hoy la analiza; cada vez la admiración era mayor y el aplauso más unánime entre los ilustres espectadores (1); siempre, con todo, nacían después, como era natural, observaciones y comentarios: uno de los más frecuentes era el de que tal ó cual voz no era corriente. Sin embargo, recuerdo haber ganado siempre apuestas en sentido favorable al traductor. Los vocablos que usa todos están consignados en nuestros Diccionarios; todos, ó la mayor parte, usados por autoridades respetables.

.....
» ¡Dichoso el Académico y repúblico español que, guerreando en los campos de Cheste, ó asediando las torres de Morella, vertía en bellas octavas la JERUSALÉN LIBERTADA, y que gobernando luego una y otra Antilla española, perlas del Nuevo Mundo, ó rigiendo

(1) En el desarrollo y renacimiento de nuestras Letras tuvieron ésta y otras tertulias literarias tan grande importancia como la que acusa el hecho de que á la del Marqués de Molíns, y también á la del Duque de Rivas, asistían Hartzenbusch, Tamayo, Rubí, Nocedal, Cañete, Catalina, Alarcón, los Madrazo, Selgas, Ayala, Ventura de la Vega, Bretón, Gallego, Escosura, Campoamor, Romea y Pezuela, cuyos nombres incluyen su justo elogio.

en paz el viejo Condado de Barcelona, halla medio de traducir, terceto por terceto, la mayor obra del mayor poeta de la cristiandad, LA DIVINA COMEDIA DE DANTE ALIGHIERI (1).»

Por su parte, el Sr. Valera, mencionando los literatos ya famosos antes de 1844, escribe: «..... D. Juan de la Pezuela, hoy Conde de Cheste, cuyo amor á la poesía y á una especie de fantástica Edad Media y de monarquía heróico-cristiana, semi-aristocrática y semi-absoluta, le alentó á poner mano en una empresa atrevida y laboriosa: la traducción en verso castellano nada menos que de tres epopeyas: *La Jerusalén*, del Tasso; *Los Lusíadas*, de Camöens, y *La Divina Comedia*, del Dante. Nosotros creemos que todo ello está fielmente traducido y á trozos con tino y primor envidiables (2).»

Lo hemos indicado ya: del Conde de Cheste que ha sobrevivido á su misma historia, imprimiendo á la noble figura de sus muchos años, cuando nos hablaba en solemne ocasión desde esa honrosa Presidencia como una personalidad *estatuaria*: ya no veía, y brillaba en su dulce continente una dignidad más grande que la que le conquistaron los laureles de la Milicia y de las Bellas Letras; la dignidad de su vida entera, que no mermó, *no*, «minuit longa senectus,» y que forma

prenda cierta
de que pudo á la partida
marchar de ésta á la otra vida
con la cara descubierta.

En la historia de nuestra patria, el Conde de Cheste ha sido un caso más del feliz concierto de las Armas y de las Letras; y mientras otros hablan de sus proezas militares, de sus dotes de gobierno y de la lealtad de su espada y de su pluma, recoja la Academia

(1) Obra citada, tomo I, págs. 106 y 107.

(2) *Historia general de España*, por D. Modesto Lafuente, continuada por Valera, tomo XXII, pág. 314.

Española el espíritu nobilísimo de sus estudios clásicos y de sus buenas Letras. Cultiven espíritu semejante por la grandeza de estas mismas Letras y por el engrandecimiento de nuestra Patria (Patria y Letras que juntas crecieron y llegaron á su siglo de oro), cuantos no crean que el *Cid* y el *Quijote* son ediciones que deben ser desterradas ó maldecidas; ya que si los Sancho Panza pudieran creerse producto de *eso* que llaman *generación espontánea*, para que nazca un *Quijote* se necesitan las heróicas virtudes que magnificaron á nuestro pueblo con las hazañas inauditas de las empresas coetáneas de Cervantes: hazañas por los campos de la Religión, de las Armas y de las Letras, tantas veces referidas y hasta glorificadas por la erudición y numen de vuestros preclaros ingenios.

Buscando yo tema para este discurso, procurando que fuera menos avellanado y enteco de lo que había de ser con mi ruda Minerva, y en mis circunstancias (permítame Ovidio decir que no son únicamente los *Carmina* las composiciones que

proveniunt animo deducta sereno);

para desacertar menos en la elección de tesis, busqué entre las vuestras y en las Memorias de esta Real Academia argumento no indigno de los excelsos fines literarios y patrióticos de la misma, releendo los trabajos de los que han muerto (¡Dios los haya!) y también de los que aún viven (¡y vivan muchos años!) Temo ahora que no fuera acertada tal conducta mía; porque resultando cada vez más convencido de que este pobre estudiante de la *calumniada Metafísica* no sirve ni para discípulo de tales maestros, muy pronto se encontró dentro del caso horaciano:

*..... professus grandia turget
serpit humi tutus nimium.*

Vuestra votación no había podido ser más generosa; mi humillación por aceptarla era bien merecida, y resolví confesarlo inge-

nuamente reduciendo mi discurso á una súplica: la que hago á vuestra magna autoridad en favor de la Lengua, de cuya gloriosa conservación estáis oficialmente encargados, y me permitiréis algunas observaciones, ni muchas ni largas, para lo que yo os debo y merecéis vosotros, sobre un tema que justificará la anunciada súplica, y el cual, para que tenga alguna forma de tesis, lo enunciaré así: ALFABETISMO..... ANALFABETO.

X
Quiero referirme á un especial estado de nuestra instrucción que crean estudios incompletos ó mal dirigidos, y cuyo daño inmenso palpamos después en los de todas las ciencias, dificultándonos el aprenderlas y fomentarlas.

Con el fin, pues, de dar alguna expresión sintética á mi pensamiento, y usando de las licencias que necesito, y que suplico humildemente á vuestra magna autoridad, llamaré *alfabetismo analfabeto* á la negación de tal afirmación, empleando términos de uso frecuente, pero no incluídos aún en el Diccionario vulgar de nuestro idioma.

No es mi propósito llamar vuestra atención sobre el número mayor ó menor de los que, por desgracia, carecen de toda instrucción, ó porque nunca la recibieron, ó porque olvidaron pronto las lecciones de la primera enseñanza, necesitados de ganar con prematuro trabajo el pan escaso de su vida. El *Analfabetismo* de que quiero hablar es el de los que tras años en las Escuelas, Colegios, Institutos y aun Universidades hablan tan *empíricamente* como una clase indocta, y escriben (no aludo al orden caligráfico) pintando letras mejor que expresando pensamientos. Bajo tal relación, el tema de este discurso, motivo para vuestra indulgente paciencia, limita su significado á las clases y personas que, debiendo ser instruídas en el conocimiento y uso de nuestro idioma, hasta por condiciones indefectibles para hacer regularmente su carrera ó estudios, y figurando como *alfabetos*, bien que definidos sólo con el «sí» saben escribir y «sí» saben leer en los encasillados de las Estadísticas oficiales, y aun con certificaciones académicas, palbamos con deplorable frecuencia que apenas saben deletrear palabras

de silabeo no muy complejo, y trazar letras de palabras cuya vulgar significación no siempre les es conocida. Nada exagero; y bien lo reconocerán cuantos consideren la índole del Alfabetismo y Analfabetismo aludidos; y cuantos examinen el estado inicial de la instrucción de muchos escolares (salvando siempre las excepciones dignas de alabanza que no les niego), y el estado en el cual muchos quedan y salen de las aulas, confesarán que el juicio enunciado por mi tema señala una enfermedad gravísima para la cultura patria en su primer elemento: la posesión y uso conscientes (en el grado que exige cada uno de los que la enseñanza y el adoc-trinamiento de los escolares requiere) de nuestra lengua, del significado *mismo* de las palabras, del orden propio de la construcción gramatical y lógica. Enfermedad no de la palabra por la palabra, sino de la palabra como instrumento del pensamiento, y medio de la formación del alumno en las Cátedras de las Ciencias y de las Letras; pensando, no ya en bellezas y galanuras de *Estilo*, sino en la necesaria comunicación y fomento de la *Idea*. Porque éste es el singular punto de vista desde el cual consideramos tan especial, y no infrecuente, analfabetismo; en cuanto la palabra es medio del pensamiento, de la formación y comunicación de las ideas, como la idea lo debe ser de las realidades por las mismas ideas representadas; y el ignorar la palabra, su valor propio nativo ó el usual, y su valor lógico, es incomunicarse con el mundo de las ideas, y, por tanto, con las relaciones del Universo. Porque no se trata de perfecciones retóricas, ni de perfiles literarios en estas sencillas observaciones; falsamente interpretaría la significación y tendencia de estas páginas quien entendiase que nos referimos solamente á perfecciones *gramaticales*. Sin duda, el Analfabetismo es de varias especies, y entre todas completan la ignorancia teórica y práctica de nuestro rico idioma. Pero entre estas formas de ignorancia, á mi ver, ni es la más grave, ni es la más perniciosa la que señala el cero de la escala intelectual de los analfabetos; porque aun entre los que estudian y acaban **ACADÉMICAMENTE** carreras, los hay quienes ignoran el significado, régimen y construcción de las oracio-

nes, el valor y propiedad de las palabras, el de las ideas que éstas enuncian, el régimen interno de las mismas ideas, su relación con la realidad, la prueba y fundamento de esta relación; rompiéndose así la cadena de comunicaciones de nuestra inteligencia con los medios naturales, con los verdaderos principios del conocimiento humano, y de *nuestros* conocimientos con las causas reales, fenómenos y leyes del Universo.

De donde resulta un analfabetismo por ignorancia de la *Gramática*, y un analfabetismo por ignorancia de la *Lógica*, y un analfabetismo por ignorancia del *uso* y *valor* de nuestro pensamiento, de las relaciones de la palabra con la idea, del fundamento crítico de la idea y de la palabra; muerte del valor positivo de nuestra razón para el descubrimiento y posesión de la Verdad, fin de toda ciencia; muerte de los dones literarios mejor dispuestos para expresar la belleza y comunicar á los demás el sentimiento ennoblecedor de la misma. Porque es momento oportuno de recordar á quien lo dudase dos preciosos juicios de la inmortal Preceptiva de Horacio:

..... *Ego nec studium sine divite vena,
Nec rude quid prosit video ingenium, alterius sic
Altera poscit opem res, et conjurat amicè.*

Y poco antes, en su misma *Epístola ad Pisones*, había afirmado categóricamente:

Scribendi rectè sapere est et principium et fons.

Si: el *saber*, la posesión consciente de la lengua, el reflexivo dominio de nuestras funciones lógicas, el conocimiento de los buenos modelos, de las palabras y de las ideas, educadores del buen gusto y del recto juicio; aquella ecuación entre el autor y su obra, proclamada por Horacio con su discretísimo consejo:

*Sumite materiam vestris qui scribitis, æquam
Viribus et versate diu quid ferre recusent
Quid valeant humeri,*

todos estos elementos insustituibles del pensamiento humano, que el *sapere* arguye, son en realidad la fuente y el principio que nos reconstituirán contra la decadencia del *Alfabetismo Analfabeto*, grave enfermedad para el pensamiento y para la palabra que cunde merced á menguadas formas oficiales de nuestros estudios.

Algunos siglos después que Horacio, proclamaba análogos principios en su libro *De Magistro* el genio de San Agustín exigiendo el verbo interior para que vivifique la palabra exterior; el *intus qui doceat*, para la comunicación de la verdad en la idea contenida, á fin de que la palabra no se reduzca á *flatus vocis* y la comunicación del pensamiento á inútiles estrépitos de la voz misma. Gramática y Lógica que ni son insubstancial fraseología, ni dialéctica de salón sin antecedentes bien comprobados, y por consecuencias rectamente lógicas. Saber por ideas y entender por las palabras: he aquí el *sapere* preconizado por Horacio como principio y fuente de la palabra llena, pulcra y docta, sin huella alguna de analfabetismos ni en la palabra ni en la idea.

¡Cuántas veces y cuán bellamente ha sido enunciada doctrina semejante en los discursos de esta Real Academia!

«El hablar nasce del entender,» escribió Fr. Luis de León, gran maestro en achaque de Letras divinas y humanas, según recuerda el insigne Núñez de Arenas; el cual escribió en páginas anteriores de su Discurso de recepción: «¿De qué sirve — exclama San Agustín, traducido y citado á este intento por Fr. Luis de Granada, — la pureza del lenguaje cuando no la acompaña la inteligencia del oyente, no habiendo motivo de hablar, si lo que hablamos no lo entienden aquéllos á quienes hablamos para que nos entiendan?» He aquí el más grave caso de analfabetismo, y no por *exceso* de *purismo* en la palabra de los que hablan, sino por falta de la instrucción debida en los que oyen, de la más elemental preparación, acaso por ignorancia del mismo Diccionario vulgar; por el casi nulo estudio teórico-práctico de nuestra Gramática y de la Lógica aun entre los que han de consagrarse á las carreras científicas ó literarias.

No nos engañemos unos á otros atenuando en público males mucho más deplorados que corregidos, y que privadamente son confesados á toda hora. No ignoráis el estado de los estudios gramaticales en la Primera y Segunda Enseñanza, y cómo se sienten sus fatales efectos en la Superior; cuando con razón se ha dicho que la Gramática es *janua omnium scientiarum* y la primera Lógica: por donde resulta abierta y fácil la invasión del Alfabetismo analfabeto, quedando muy poco cultivados ó mal dirigidos precisamente aquellos estudios encargados de ponernos en posesión del instrumento y del medio científico por excelencia, el pensamiento propio y la palabra propiamente usada y entendida.

Así como la ignorancia del valor de los signos del cambio en las operaciones económicas llevaría á inevitable bancarrota, así la ignorancia del valor de la palabra será el medio más favorable para toda incultura. No se trata, pues, al denunciar tamaño analfabetismo, de obra externa ó indiferente, ó de puros efectos gramaticales: la palabra toma todo su valor de la idea que enuncia, y así los estilos ampulosos, la palabra sin verdad, el sofisma y todo linaje de gongorismo, significarán siempre fatal decadencia. Comprender la significación de las palabras, si no han de ser éstas una *sonoridad vacía*; si ha de ser medio adecuado para los fines propios de la palabra y de la idea, según leyes psicológicas y lógicas de una y otra, es el argumento de toda *Semántica racional*; y esta necesidad, como la de una recta construcción y del régimen, de la concordancia entre el pensamiento y su expresión, no es una exigencia fonética, ni gráfica, ni morfológica, sino la necesidad primera de la palabra para comunicarnos la idea, y con la idea la realidad representada. Son, por tanto, valores equivalentes; verdadera obra de ascensión mental la que corresponde á la Gramática y á la Lógica en la educación y formación de los entendimientos, según el grado de su enseñanza: si ésta ha de hacerse conforme á sistema que no extravíe y desnaturalice sus fines propios, abandonándonos al más huero de los *verbalismos*; acusación ya vulgar contra los métodos y efectos de nuestros planes de estudios.

Sí: «el hablar nasce del entender;» alumbramiento feliz de la palabra; el juicio implícito en la misma, la *síntesis mental*, maravilla del pensamiento humano, sólo comparable á la maravilla del germen vital ó primera célula de cada organismo ó viviente; la idea, comprensión é intuición, en la simplicidad de sus términos, de todo el argumento de la obra concebida.

La palabra signo de esa idea, comunicada ó suscitada por el *verbo* á la conciencia humana y signo de la realidad del Universo, ya por sus concepciones metafísicas, ya mediante las representaciones del movimiento, de formas, pesos y distancias, ya mediante las anotaciones químicas y fórmulas algebraicas, ya mediante los trazos de líneas que significan para el geómetra las revoluciones de los mundos, ya mediante signos de cadencias y de armonías que acusan obras de la Estética musical.

La *forja* de la idea por visión de fenómenos sencillísimos que suscitan con las intuiciones del genio el descubrimiento de leyes misteriosas que el progreso de las ciencias demuestra y confirma después, y que no pueden reducirse á la sensación inicial de los fenómenos que llevaron su pensamiento, por el poder original abstractivo, característica de la inteligencia humana, á las maravillosas concepciones que han hecho inmortales los nombres de los grandes sabios.

Sí: «el hablar nasce del entender;» y tanto mayores serán las perfecciones de la palabra, cuanto sean más grandes la comprensión y perfección de la idea; pero esto requiere una disciplina tan regular en el estudio de la Lengua, que basta á evitar cuantos defectos implica el Alfabetismo analfabeto, cuya aparición y persistencia nos explican los planes y procedimientos ordinarios de nuestros estudios. Complicados los primeros con multitud de materias para las cuales no hay memoria ni entendimiento suficientes, en edad muy temprana; atropellados estos años de la instrucción primaria elemental; apenas vista la que en este grado se llama *superior*; y con iguales medios y defectos la secundaria, todo parece subordinado al exclusivo fin de obtener cuanto antes una condi-

ción puramente externa, requerida para los estudios de Facultad, ó los llamados profesionales: el título de Bachiller.

La formación de la inteligencia, el desarrollo de sus funciones capitales, los estudios de la Lengua patria, el despejo de la razón, instrumento necesario para todas las ciencias, el arte, y la doctrina de la *palabra* y de la *idea*, todo queda postergado al empeño de conseguir pronto una capacidad, que es casi siempre muy incompleta, pero que da la *legal* para matrículas oficiales ó libres, que permitan adquirir *cuanto antes* un diploma. Así, las fuerzas vivas de la razón humana, las doctrinas fundamentales de unas ciencias para otras, la originalidad del pensamiento propio y la provechosa asimilación del ajeno, el espíritu crítico, el recto valor y uso de nuestra lengua, yacen ignorados: así se engendra y mantiene el peor analfabetismo; y con éste la general incultura, el escaso fomento de las ciencias y todos los signos de una decadencia que comenzó y vive por el analfabetismo inicial, y que, de perpetuarse, aniquilará nuestra fecundísima Minerva literaria.

El mal no es nuevo, ni han faltado en esta Real Academia insignes maestros que lo denunciaron. Citemos sólo dos, uno por los que viven y otro por los que ya murieron; bien recientemente el autor de la novísima edición del *Rinconete y Cortadillo*, justamente laureada por la misma Academia, se ha creído obligado á exponer la significación de la palabra *afeite*, aplicada á rostros femeninos, para evitar que algunos entendieran que significase *cara rapada por mano de barbero*; y no es de hoy, pero por desgracia igualmente cierto, el juicio con el cual denunció tamaña decadencia D. Aureliano Fernández-Guerra, por tantos títulos eminente, escribiendo: «La hermosa y rica lengua castellana perece, sin que se la pueda salvar, á manos de los que

Estudian en francés, piensan en griego
Y quieren escribir en castellano.»

Entendámoslo bien: no se trata de incorrecciones puramente literarias que la atenta lectura y prudente imitación de los buenos

modelos corregirá, de seguro, una vez estudiada y conocida en grados sucesivos de la instrucción, y á su debido tiempo, la naturaleza del idioma. La ignorancia de la palabra envuelve la de la idea, dificulta la evolución del pensamiento y extraña de los dominios de la conciencia, absurdo increíble, el valor íntimo de la significación literaria y lógica de las palabras y de las ideas. Así van aumentando las dificultades de la propia cultura; hacen poco menos que imposible el natural desarrollo y progreso de nuestro espíritu, y arrastran un pueblo á la decadencia que significa el acusarlo de verbalista, como hemos dicho; repetidor de palabras sin ideas, caso de *loros*, porque es repetir palabras cuyo significado se ignora, porque no se tiene conciencia alguna científica de la palabra, ni de la idea, ni de sus naturales relaciones.

Pero no es lo más grave el ser de tal modo *analfabeto*, merced al sistema y régimen de las escuelas. Unos errores siguen á otros y facilitan sus asaltos; la obra del pensamiento propio, ó ajeno, sólidamente formado y asimilado, se ve sustituida por palabras no entendidas ni en su valor gramatical, ni en su valor lógico, ni en su valor científico; el *nominalismo* contemporáneo nace de un error filosófico, y se propaga fácilmente con el *relativismo*, que es una profesión oficial de otro analfabetismo, el *metafísico*, *sofisticamente* construido y *voluntariamente* aceptado. A la ignorancia de las palabras sigue la negación del valor de la Idea; el nombre ocupa la misma substancia del pensamiento, ha sonado la hora de los sofistas, y las artes sublimes de la Palabra rodarán al abismo, arrastrando en su caída, sin honor y sin gloria, á sus oradores y poetas.

Porque el imperio de la Lógica es universal; sus errores se comunican de doctrina en doctrina, y á todos los sistemas; habiendo llegado á las máximas negaciones contra el valor del *conocimiento*, contra el valor de la *palabra*, contra el valor de la *idea*, aniquilando, en nombre de la razón humana, el valor crítico de la razón misma; cuya muerte con juicio exacto profetizó el gran Balmes, ante las direcciones del criticismo kantiano.

Extendido ya hoy el espíritu de tal escepticismo á los mismos

principios y demostraciones de la Matemática, tenida, antes, como la ciencia exacta y aun como la única ciencia, los sofismas, padres del Positivismo, han invadido todo el mundo de la Metafísica y de la Lógica, con su universal rebelión contra las causas y naturalezas *específicas* desde Dios hasta el.... éter, gritando «ni Dios, ni alma, ni.... éter;» el mecanicismo es impuesto como filosofía exclusiva del Universo, desde la substancia á la idea y la palabra; un *nominalismo* radical y absoluto que sólo significa un movimiento mecánicamente producido y mecánicamente comunicado, pero.... sin móvil, sin medio y sin fin substanciales, queda como la realidad única del Universo; y no queda en pie con tales negaciones y sofismas valor real ni para la palabra que lo denomina, habiendo reducido ya las cosas á puros nombres.

El *asociacionismo* de sensaciones pasivas producidas y transformadas en igual forma mecanicista, se ha encargado de aniquilar hasta la personalidad de otro autor que no sea ese mismo movimiento, que llena el ciclo supuesto, desde la Física á la Ideología crítica más profunda y mejor cimentada. La libertad de la palabra y de la idea queda agarrotada por este *fatalismo*, en el cual nunca pudieron creer autores ni poetas.... ni los filósofos verdaderos.

¡Nada merecisteis, genios inmortales de las Letras españolas, justamente glorificados por esta Academia! Cuando más vuestras obras de eterna belleza y vuestras concepciones admiradas en todo el Universo, son únicamente transformación pasiva de sensaciones asociadas espontáneamente, por las células *aristocráticas* de la masa de vuestros cerebros: total, *masa y movimiento* en puro *determinismo*.

Con tan menguado sistema de antecedentes y subsiguientes *me- canicistas*, el estilo ya no será el hombre; toda personalidad del escritor ha desaparecido; no habrá carácter psicológico de época ni de raza; y un *inconsciente*, más absurdo todavía que el que una obra literaria no tenga *autor*, ni el llamado autor lo sea, habrá heredado todos los merecimientos. La *neurosis* está ya instituída autor universal de tales obras, como fatal personificación del artista; á

él corresponderán las coronas y alabanzas dedicadas al genio; y este huero nominalismo, *analfabetismo* osado contra la Filosofía y la Ciencia, reduce el escritor á un aparato registrador de movimientos que transforman los físicos en fisiológicos y éstos en la idea, también producto especial del movimiento, merced á la *casta aristocrática* de células cerebrales antes aludida.

¡No más ya aclamar á los autores las muchedumbres embelesadas por la concepción del dramaturgo, conmovidas por las emociones que les produce la palabra del orador, ó por las demostraciones, ya filosóficas, ya experimentales, de los sabios!

La palabra..... la *Idea*, nuestro *teatro clásico*, su delicadísima psicología, la originalidad de sus argumentos, la inspiración de sus diálogos, sus discreteos, las doctrinas y tesis científicas, todo serán palabras sin ideas é ideas sin valor real en los dramas de la Vida, en los sucesos de la Historia ó en las investigaciones de la Ciencia.

¿Habrà analfabetismo más grave que el resultado de tamañas aberraciones y de las enseñanzas que difundan teorías de laya semejante?

No tengo olvidada mi promesa de reducir este discurso á una súplica, y es ya tiempo de exponerla en términos tan breves como sencillos.

Custodios oficiales de nuestro rico idioma, es, no de perfecciones literarias, sino del alma misma de la raza, de lo que sois custodios. Es la palabra la gran característica de la patria, y velando celosamente por que se mantenga y difunda nuestra lengua con todas las perfecciones posibles, conserváis y extendéis los horizontes de la patria. Porque la Lengua se constituye en testimonio indubitable de las grandezas del espíritu nacional, en el curso de los siglos, sea cual sea la varia suerte de sus empresas, y recorten como recortaren el mapa del mundo las tijeras de la Diplomacia manejadas por los acorazados.

Cuidar de que se conserve y se extienda más cada día la lengua española, mantenerla en todo el esplendor posible, con el uso é inteligencia más cabales, es obra de transcendental patriotismo; y

los setenta millones que la hablan serán testigos fehacientes de nuestra nación, á través de la Historia y en los confines del Universo.

Yo hubiera comenzado la más declamada que *realmente querida regeneración de la patria* por reconstituir la enseñanza del hablar y del escribir, con el sentido propio gramatical y lógico de las palabras, y con los signos gráficos de la escritura tradicionalmente nacionales; pensando ahora, como en toda ocasión he procurado consignar en mis libracos y en sus prólogos, que el *alfabetismo analfabeto* es causa máxima entre las de la decadencia que deploramos; y que una labor ahincada, constante y bien dirigida contra *todo analfabetismo* es obra de reconstitución para la Ciencia y la Patria misma; la cual se descasta y mengua con las ignorancias, más ó menos consentidas, que venimos apuntando. Pues contra todos estos vicios y defectos se dirige mi súplica, insignes maestros de las Letras patrias: renazca entre nosotros el espíritu latino que nos dió la vida y engrandeció nuestra Historia, y forme vuestra empresa, hasta lograr el aniquilamiento posible del analfabetismo, la reforma necesaria, urgentísima de nuestras Escuelas en todos los órdenes de la enseñanza.

Renazca el espíritu latino que difundió por el mundo los elementos de la civilización, inspirado por el Cristianismo; ese espíritu latino que piden la suya, magnificada en el orden de la material por todo progreso, profesores de un pueblo «de cuyo nombre no quiero acordarme,» por patriotismo, imitando á Cervantes en su caso respecto del pueblo en que vivía el hidalgo manchego que su genio creara.

Y este espíritu latino tiene en el *clasicismo* que lo representa el medio más eficaz y más fecundo para la transformación que necesitan la primera y la segunda enseñanza. Las sabiamente llamadas *Humanidades* forjaron nuestra Lengua y legitimaron los elementos exóticos; ellas alumbraron la razón de nuestra raza, convertida al Evangelio; ellas educaron nuestra inteligencia con el método que significan, ¡y cuán admirablemente expurgadas de

todo lo inútil y nocivo, conforme á las necesidades presentes, servirían hoy contra las ignorancias del analfabetismo!

Porque el método y la disciplina de las Humanidades no son, no, lo que dicen y aun aparentan creer sus detractores, muchos que las desconocen y otros equivocados sobre el fin real de la llamada segunda enseñanza. Orden y procedimiento para la educación é instrucción de la mente de los alumnos que se dedicarán al estudio de las Ciencias ó de las Letras, está hoy reconocida ya por juicio de los más ilustres profesores, especialistas en la formación de los jóvenes escolares, la *superioridad* de los estudios clásicos para desarrollar sus inteligencias é informarlas con los conocimientos necesarios á cada período de la enseñanza, sea oficial ó sea libre. Este juicio, fundado sobre razones convincentes y actuales experiencias (1), confirma las antiguas. Es ocasión propicia para recordar este orden y procedimiento aplicado por el ilustre Instituto de las Escuelas Pías, al cual tanto debe la instrucción popular y tanto debemos los que fuimos sus discípulos (2) por fortuna. Pagada esta deuda de gratitud, citemos no más que á Bretón de los Herreros por las Letras y á Berthelot por las Ciencias como testimonio de la fecundidad del clasicismo.

El popular poeta había cumplido ya los treinta años cuando perfeccionaba sus estudios de latín con las enseñanzas de Lista, y al autor de la *Síntesis química* en nada perjudicaron para sus concepciones y descubrimientos sus estudios del clasicismo.

Finalmente: si de la Lengua y civilización española se trata, y si hablamos del *analfabetismo* respecto de la *palabra* y de la *idea* por tierras de España, es de tanta evidencia que el remedio de ta-

(1) Véase el excelente libro de Jules Verest, S. J. (Bruselas, 1896), *La Question des Humanités*.

(2) Ha pasado ya cerca de medio siglo desde que nos enseñaban la Gramática española y la latina los PP. Hernández, Ortega y Espada (e. p. d.), en sus Escuelas públicas de Zaragoza, dándonos vivo ejemplo de cómo se debía entender y practicar la enseñanza clásica. ¡Cuántas veces y con cuánto agradecimiento lo recordamos!

maños males y la curación de sus nocivos efectos están en la prudente restauración de los estudios clásicos, que no hacen falta ya prueba ni comentario alguno. Ayer era, el 10 de Junio de este año, cuando moría el eminente Académico francés y humanista Gaston Boissier, y en uno de sus elogios, el de M. René Doumic (1), recuerda que Jorge Sand consultó más de una vez á Boissier sobre cuestiones de estilo, y le decía quejándose: «Vosotros que sabéis latín, vosotros sois bien dichosos. Al menos no dudáis sobre el sentido y el alcance de una expresión francesa.» Recuerdo oportuniísimo para mí argumento y muy al caso de su tema.

Terminemos: si con los progresos de nuestra época en las ciencias experimentales pueden ser comparados los de la Historia y los de la Lingüística, contraste penoso con los de esta última ofrecería el que por indiferencia ó por incuria continuase un día más, sin aplicarle remedio eficaz, el analfabetismo deplorado: nadie conoce mejor que vosotros, señores Académicos, las excelencias de nuestro idioma, la riqueza de su léxico, la hermosura de su dicción y la rotundidad de sus períodos; nadie como vosotros está obligado, por ley de vuestro glorioso Instituto y por vuestro acendrado amor á la Patria y á la Lengua, á procurar el que brille en todas las inteligencias, á que se aclare y difunda más cada día la palabra y la idea netamente españolas.

El *analfabetismo*, he ahí un mal enemigo de la grandeza y de la unidad intangible de España.

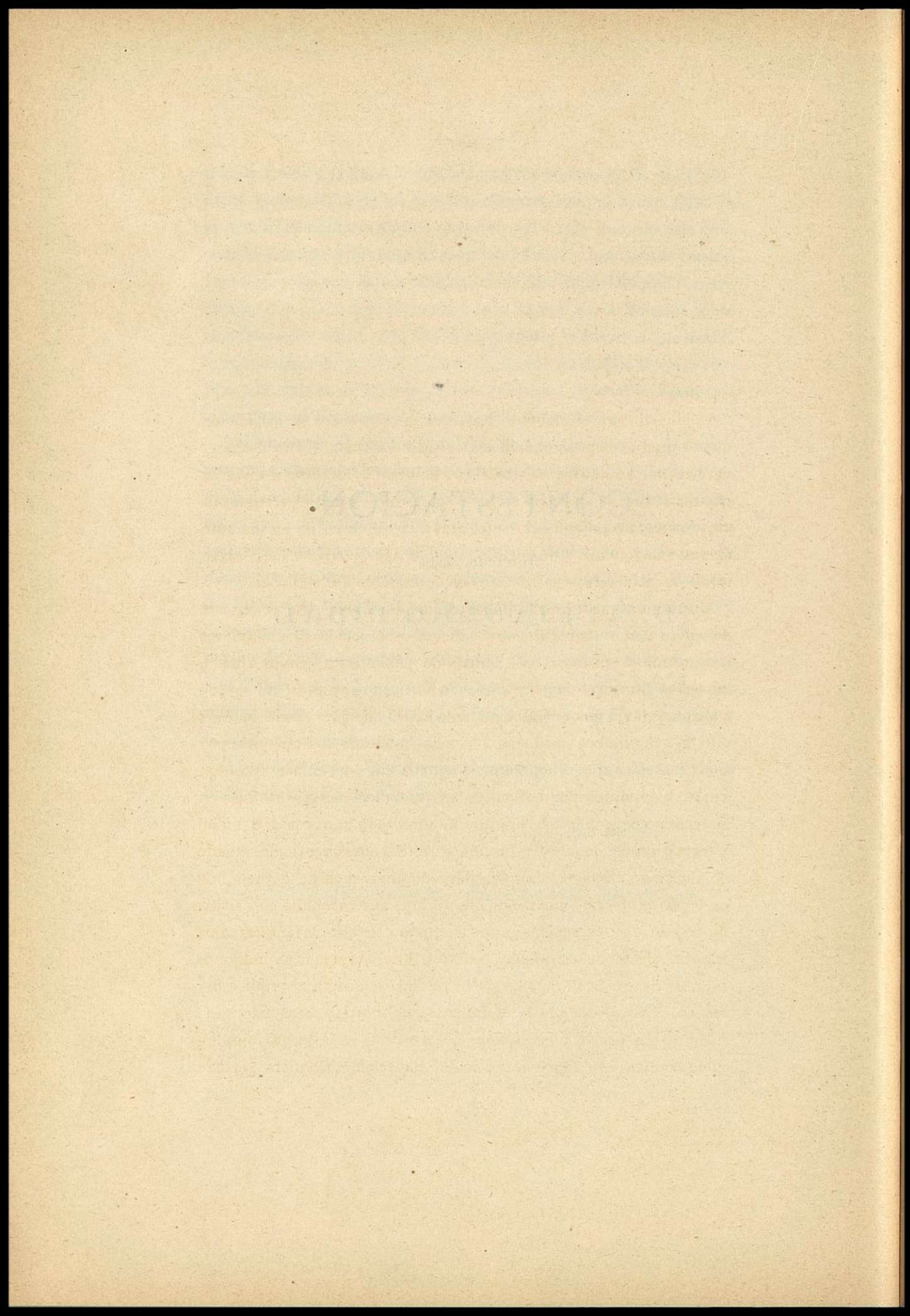
HE DICHO.

(1) *Les Questions actuelles*, número del 25 de Julio de 1908.

CONTESTACIÓN.

DEL EXCMO. SEÑOR

D. ALEJANDRO PIDAL



SEÑORES:

Conocí al Sr. Hernández Fajarnés en esa época de la vida en que la inteligencia, asomándose por primera vez al elevado observatorio de las causas; al descubrir, dominándolo como á vista de pájaro, el vasto panorama de los efectos, sufre como el vértigo fascinador de la omnipotencia intelectual, creyéndose, en un instante de desvanecimiento y de orgullo, como el feliz poseedor de la clave infalible de la verdad y del cetro incontrastable de la Ciencia.

Corrían entonces los desdichados días del breve y fugaz reinado del armonismo krausista, cuyos tenebrosos sectarios, adoradores iluminados y místicos del Panteísmo panenteísta; cuyos ritos y misterios litúrgicos celebraban en sibilíticos conceptos, no sospechaban todavía que se hallaban en vísperas de caer desde lo más alto de sus olimpos idealistas á lo más hondo de los abismos positivistas reinantes, y enfrente de aquella vaga y confusa teosofía, cuyos hierofantes dogmatizaban sus oráculos incomprensibles en la terminología más bárbara que ha afrentado jamás la diafanidad y transparencia de nuestro luminoso castellano; la aparición, al lado de nuestros sagrados é intangibles dogmatismos de escuela, de un espíritu abierto, independiente y libre, que razonaba con sentido común y se expresaba en un lenguaje corriente y familiar, nos hizo el efecto de un aliado poderoso que, surgiendo á modo de hombre bueno de la razón y de la verdad, se dirigía al público diciendo: «No creáis que la Metafísica es el hórrido estruendo preñado de obscuridad y de espanto que resuena en la jerga ininteligible de esta ontológica muestra del Panteísmo idealista germá-

nico, y creed que bajo el manto de plomo de las anticuadas fórmulas de la escuela que hoy se exhuman ante nosotros, se oculta y guarda el oro purísimo de la verdad, encerrado en el arca inquebrantable de la ciencia, cuyas llaves de acero, que colgó en este templo de la cristiandad la escuela desterrada por la revolución, se pueden, aunque con más trabajo, suplir con la llave maestra de la razón, que ha sido, es y será, después de todo, la llave de oro de la sabiduría.»

Sin participar nosotros de la responsabilidad de este procedimiento, que considerábamos regresivo, no dejábamos de complacernos en su estrategia; estrategia y procedimiento que, iniciados en 1873 en las oposiciones á la cátedra de Metafísica de Zaragoza por el joven Hernández Fajarnés ante un Tribunal compuesto de Moreno Nieto, de Salmerón, de Federico de Castro, de Valera, de Campoamor y de nuestro Fernández y González, marcaron ya con su solemnísimo triunfo en aquellas oposiciones el rumbo de una orientación, la corriente de una tendencia, el carácter de una vocación y el destino de toda una vida consagrada á la enseñanza de la verdad por la voz severa de la ciencia, y á la incesante defensa de la civilización, amenazada en sus más hondos cimientos por los golpes de ariete del error, precursores de la invasión de la más irredimible ignorancia.

En una palabra, señores, que forjado de una sola pieza, como la indomable tenacidad y constancia, combinadas con la astucia y la habilidad, que constituyen el carácter distintivo de la gente de su suelo y su raza, el Sr. Hernández Fajarnés se nos revelaba ya como un verdadero filósofo aragonés que sólo venía á Madrid á buscar la cátedra de Zaragoza, para enseñar desde allí la verdad, como él creía que convenía enseñarla, desnuda de todo arreo descomunal y en el lenguaje rudo, franco y claro á la vez de sus abiertos paisanos.

En esa invicta é inmortal ciudad había nacido Fajarnés; en sus pilas se había crismado como cristiano; en sus Escuelas Pías había recibido la luz de la primera y segunda enseñanza; allí había

sido discípulo, era maestro y sería al cabo Rector; en su seno le elegimos nuestro Correspondiente Académico; allí enseñó durante largos años de viva voz en las aulas, en conferencias y discursos, y allí esculpió en sus obras transcendentales la perenne filosofía de la razón en clásico y en castizo aragonés, quiero decir, en castellano claro, neto, correcto y á la buena de Dios, como quien lejos de alardear de sabio, con pretensiones de original, sólo quiere poner al alcance de la sana razón de todo el que quiere conocer la verdad, las demostraciones lógicas de la Ciencia.

No quiere esto seguramente decir que la filosofía científica del Sr. Fajarnés sea simplemente la espontánea manifestación de los dictados de lo que se llama *sentido común*, y que su estilo prescindiera en totalidad del tecnicismo indispensable de la ciencia. Al contrario, precisamente por el carácter científico de las materias que trata se vió precisado el Sr. Hernández Fajarnés á usar los términos más bárbaros del modernismo científico y de invocar en su favor las lucubraciones más altas de la ciencia tradicional, siendo á veces hasta censurado por ello, sin darse cuenta tal vez los que indicaban estos reparos que en su calidad de fronterizo, en lucha diaria con las avanzadas de la negación metafísica, no podía dejar de estar en lo posible en contacto con las fuerzas de que se nutría su hueste, ni tampoco dejar de tener en cuenta y no usar siempre que fuera conveniente las voces, los hábitos y las armas de la hueste contraria, bien como los propios soldados del Cid, que se vestían á veces á la usanza morisca, hablaban en árabe el español y esgrimían espadas jinetas arrancadas á las manos sangrientas del enemigo sobre el mismo campo de batalla.

Este nuevo modo de pelear impuesto al Sr. Hernández Fajarnés por las circunstancias, tal como se daban entonces, en la arena en que se reñía el combate, no entibiaban por eso en nada el culto intelectual que á las austeras disciplinas, á los graves métodos, á los exactos y precisos estilos y á los hondos principios, transcendentales problemas y sublimes verdades de la escolástica tomista, consagraba el Sr. Fajarnés, como tan palmariamente lo ha demostra-

do en sus obras, tan celebradas por los filósofos más profundos y tan ensalzadas por los avaros labios del gran restaurador de la Filosofía escolástica, gloria de la Patria y de la Academia: el Padre Zeferino González.

«Al lado de los escritores filosóficos de nuestros días en España, merece figurar en primer término (escribía el Cardenal González en el tomo IV de su *Historia de la Filosofía*) el Profesor de la Universidad de Zaragoza D. Antonio Hernández Fajarnés,» cuyas obras en publicación (añade) «merecen ocupar un lugar muy preferente en la Historia de la Filosofía cristiana de nuestra Patria, siendo de esperar y de desear que sean leídas por muchos.»

Dos obras principalmente han ocupado durante más de treinta años la vida estudiosa del Catedrático de Metafísica de Zaragoza y de Madrid: los *Estudios críticos sobre Filosofía positivista* y *Los principios de Metafísica*, como las dos grandes y urgentes reparaciones de los fundamentos y de las defensas de la verdad filosófica amenazada en sus más profundos cimientos; como las dos armas indispensables hoy día para conocer la verdad y para desenmascarar al error; podríamos decir, como la espada y la daga con que el Sr. Fajarnés entraba en singular combate contra el positivismo creciente, bárbaro, invasor, amenazador é implacable: la espada del razonamiento inquisitivo, demostrativo, ascendente, que vence, avasalla y conquista, y la daga de la crítica que repara, contiene y desvía los golpes airados del error que intenta herirnos por la espalda con el hierro de sus sofismas. Y ésta es la nota característica del Sr. Fajarnés, ésta su empresa filosófico-científica, éste su mérito y su gloria: haber comprendido, cuando todos andábamos preocupados con las fantásticas quimeras del idealismo alemán, la rápida desaparición, el increíble y repentino descrédito de todas aquellas idolatradas *Mitologías*, en cuyo nombre se condenaba al más absoluto desprecio el *fetiquismo* católico! el *sensualismo* de Santo Tomás! la *servidumbre* de la razón! el *materialismo* del culto! el fundamento *interesado* de la Moral evangélica! y el *envilecimiento* del hombre porque no se adoraba á sí propio como á Dios

en el *ídolo* de la *Humanidad!*.... y que momentos después iba cambiando repentinamente de *credo*, á dar la vuelta absoluta á toda su posición en el campo de las ideas, proclamando el *materialismo* más crudo, el *agnosticismo* más bárbaro, el *sensualismo* más epicúreo y más torpe, la *moral* más utilitaria y la *degradación* más triste del hombre, arrancado ya á los cielos de una Humanidad impecable, infalible, eterna, sobrenatural y divina, para arrojarlo como un puñado de carbono, una mezcla de ázoe y fosfatos, más abajo en la escala animal que el Mono, sin otra finalidad que la fruición del goce físico el corto espacio de tiempo que dura la federación accidental de sus dispersas plastídulas en forma de Personalidad aparente á nuestros engañosos sentidos.

Ante tan inconcebible y repentina deserción y tan absoluta y repugnante apostasía de aquellos soberbios apóstoles y sumos sacerdotes del racionalismo transcendental que pisoteaban su Dios para uncirse en el carro triunfal de la Materia como reses del rebaño hominal, que, razonantes por secreción patológica de las células aristocráticas de los lóbulos de su cerebro, sólo se reconocen esclavos irredimibles de la fuerza como único y divino *fetiché* de la cosmología mecánica del gran Monismo inconsciente, pesimista y desolador, cuyo *símbolo* es la antigua y maldecida Serpiente, inferior al venerable caimán y al sagrado cocodrilo de las teogonías orientales y del salvajismo oceánico, que ostenta en sus ondulantes anillos enroscados sobre sí mismos la eterna continuidad de las cosas y la perpetua circulación de la vida, y con la vida del dolor, como si por lógica y fatal consecuencia y por inexorable é ineludible castigo, todo el que niega su adoración al gran Espíritu de los cielos se viese condenado á erigir como su divinidad en la tierra al más inmundo de los reptiles; el Sr. Fajarnés, que ya había apartado sus ojos de los estertores agónicos del espirante idealismo krausista, que se retorció en sus últimas convulsiones, y que lejos de escudar su pereza y su ociosidad en el desprecio á la vileza del nuevo adversario que se introducía arrastrando su larga cola por entre las inmundicias del suelo, se había preparado para el com-

bate; digo mal, para la invasión; digo poco, para el contagio; se adelantó gallardo el primero, y tomando con una mano de la opulenta panoplia de la Filosofía perenne las armas eternas de la razón y las invictas del espiritualismo teísta, y con la otra de la ciencia seria experimental las inducciones legítimas, probadas y consagradas por definitiva unanimidad, salió al paso insidioso del monstruo, enviando al Congreso de sabios católicos, reunido en París en 1888, aquella memorable y conmemorada comunicación rotulada *Reforma de la Cosmología*, que tan honda impresión y tan grandes esperanzas produjo en los ilustres miembros de aquel Congreso, conmovidos ante la novedad y la amplitud de miras de su joven autor, en cuyos elevados intentos creyeron adivinar las bases de una futura conciliación entre la cosmología tradicional del cristianismo y la escolástica, y las conquistas y aspiraciones de las ciencias experimentales, hasta el punto de que no hubiese más que una voz en aquel numeroso concurso para pedir al autor de las bases y del proyecto que fuera él solo el encargado de su ejecución como el más capaz de llevarlo debidamente á cabo con toda la armonía y generosidad que revelaba el propósito; propósito y encargo que llevó á su debido término al fin el Sr. Hernández Fajarnés en el armónico conjunto de sus obras monumentales: el único más que el primero de todos los monumentos que se erigieron en nuestra Patria como dique de defensa y de preservación contra el Materialismo positivista que se alza amenazador y triunfante sobre todos los destinos sociales de la civilización europeo-cristiana, herida más que amenazada ya de muerte violenta é irremediable por el torrente de légamo asfixiador que, afluyendo por las esclusas sociales, invade ya el suelo nacional, apesta el ambiente intelectual de su cielo y anegará en breve con sus ondas espesas y repugnantes el altar divino de la Religión; el hogar sagrado de la familia; el templo de la justicia; el ara de la libertad; la muralla de la ciudad y los alegres campos de la patria, para hacer de la civilización española, fundada por la fe, por la razón y la libertad, un páramo solo poblado de esclavos sacrificados en honor del *feticho*

más ó menos torpe ó más ó menos brutal que simbolice el único dios del porvenir: la divinidad fangosa de la Materia (1).

No vamos á analizar esos monumentos; no es éste el sitio ni la ocasión. Además, han sido ya analizados por los críticos más eminentes de España y del extranjero, que los han colmado de elogios, haciendo plena justicia al talento y á la sabiduría de su autor.

Lo que más esencialmente los caracteriza, es la acertada combinación, más que accidental alianza, de la filiación escolástica del autor con sus conocimientos en las ciencias físicas y químicas modernas; lo que además de señalar una tendencia y de constituir una fuerza, da un valor y una autoridad que no pueden fácil ni cómodamente rehuir los positivistas sectarios, anatematizadores *a priori* de todo argumento metafísico, lógico ó de razón simplemen-

(1) En la introducción á los *Estudios críticos sobre la Filosofía positivista*, señala bien el Sr. Fajarnés los caracteres esenciales de esta llamada doctrina, con las siguientes palabras:

«Como en otra ocasión y con el mismo objeto escribíamos, el Positivismo se ha rebelado contra la Metafísica; he aquí el nombre de los combatientes: el hecho contra la causa; la modalidad contra la esencia; el fenómeno contra la substancia; la sensación contra la idea; la condición orgánica contra la percepción; un empirismo convencional contra el saber científico; la herencia fisiológica fatal contra la personalidad libre; el determinismo absoluto contra la espontaneidad y voluntad personales; los actos reflejos contra la conciencia; la ciega combinación de átomos contra el principio de la vida: éste es el significado, ésta la representación del Positivismo en la lucha contra Dios, contra la naturaleza, contra la vida, contra la razón, contra las mismas leyes de la Ciencia, contra la realidad individual y social del sér humano.

Por manera, que el desenvuelto materialismo de la última centuria, al renacer en la presente, ha extendido la línea de sus audaces negaciones á todos los problemas filosóficos; se jacta de haber inventado el verdadero método científico, y propone, usurpando el nombre y los respetos de la Ciencia, el ateísmo en Religión; la nada en Metafísica; el atomismo mecánico en Cosmología; el sensualismo en Ideología; el materialismo en Antropología, y, finalmente, el egoísmo, la utilidad, las combinaciones sentimentales, *la reacción de la substancia gris*, por principio de la llamada Moral positivista, especie de tocador de las almas feas.»



te, que no sea el hecho experimental, y que es casi siempre una hipótesis improvisada y consagrada de *hecho* por su doctrinal conveniencia.

A este carácter hay que añadir la nota *crítica* que los señala como obras de polémica al par que de didáctica demostración, marcando en sus sucesivas etapas la unidad de método y de doctrina que resplandece en todas las enseñanzas del Sr. Fajarnés, y que puede decirse que trazó como plan desde sus primeros estudios, y al que al fin vino á dar cumplimiento en sus obras más importantes.

Fué, entre todas las transcendentales, la primera que publicó el tomo I de los *Estudios críticos sobre la Filosofía positivista* con el título de *La Psicología celular* (1883), exposición y crítica de los ensayos sobre esta ciencia, de Ernesto Hæckel, que se había propuesto, como es sabido, crear la Biología y la Psicología *mecánicas*, aplicando los *principios* del Positivismo, con las más radicales doctrinas y las hipótesis de mayor aparato pseudo-científico, á la concepción de la vida y del alma, hasta convertir aquélla en una forma de movimiento mecánicamente producido y transformado, y ésta en la *especificidad* de constituir una casta aristocrática con las células cerebrales, fundando su naturaleza íntima en el poder higrométrico del carbón, lo que daba pie y ocasión al Sr. Hernández Fajarnés para preguntarse con cierta sorna (entre los aplausos y las risas que brotaban de la austera seriedad del P. Zeferino), si no cabría suponer que para tales almas de carbón debían haber sido creados los infiernos.

Si se estudia el argumento general de cada uno de los doce capítulos de dicho libro: *Sistema filosófico de Hæckel*, *Doctrina biológica de Hæckel*, *Principios de la Biogenia mecánica*, *Examen de la Biología hæckeliana*, *La Biología mecánica y el Evolucionismo*, *El origen mineral de la vida*, *La teoría del Plason*, *El darwinismo en la Biología mecánica*, *Doctrina psicológica de Hæckel*, *Examen de la Psicología hæckeliana*, *El Aparato psíquico*, *La Psicogenia mecánica*, y los términos por los cuales son desenvueltas las cuestiones que

cada uno de estos capítulos indica, y las terminantes respuestas que opone, ya en nombre de la Ciencia, no contaminada de las negaciones positivistas, ya en nombre de las más sólidas demostraciones de la sana Filosofía, el autor de la *Psicología celular*, pronto se advertirá el valor de dicha obra como exposición de la Filosofía positivista en sus principios-negación de toda Metafísica por el Positivismo; y como impugnación severa y concluyente de las principales aplicaciones de tal sistema á los dos problemas capitales de la vida y del alma, y el vigor lógico con el cual formuló el Sr. Hernández Fajarnés esta consecuencia, término de su libro: «Si comparamos ahora estas erróneas conclusiones de la *Psicología celular* con los principios y fines que señalábamos á sus doctrinas en las primeras páginas de esta impugnación, se verá con cuánta exactitud hemos afirmado que el propósito de esa vasta explotación de las ricas y delicadas investigaciones del análisis anatómico y fisiológico, de la Embriología y de la Biología, de la teoría celular y de las ciencias zoológicas, no es otro que «despedir con toda cortesía el alma espiritual de los dominios del hombre, encargando á la ciencia que haga los honores de la casa para que la violencia cometida contra la naturaleza humana aparezca, no como el fin preconcebido de un sistema, sino como una exigencia inevitable de la verdad científica.» (Pág. 362.)

Pero acaso porque la invasión positivista se generalizaba rápidamente con ciertas traducciones; ó porque ya había sido expuesto é impugnado lo fundamental del Positivismo; ó por enfermedad, ni leve ni corta, en 1884; ó por creer de mayor provecho y más urgente que esta labor crítica, la exposición didáctica y defensa de la Metafísica en sus partes fundamentalísimas como tales estudios críticos, no publicó más libros, y comenzó la de su obra *Principios de Metafísica*, de los cuales ha publicado *La Ontología* (1887); *La Psicología* (1889); el plan de *Reforma de la Cosmología*, enviado al Congreso Científico Internacional de Católicos de París (1888, edición española de 1889, precedida de una hermosa carta del filósofo M. Conde de Vargés, excelente escritor y autor de muy nota-

bles obras de Filosofía); la *Cosmología* según dicho plan de reforma (1893), obra por cuya publicación se habían hecho votos tan fervientes en el referido *Congreso*; y ahora, el año 1906, la *Lógica fundamental*, novísimo estudio de la Lógica, que plantea y resuelve el problema del conocimiento según exige la Lógica contemporánea, y lo que á la misma pide la Ciencia ante las doctrinas kantiana y positivista; y por un nuevo modo, como los críticos han hecho notar, elogiando estas páginas y el razonado programa de la enseñanza.

Ni por la publicación de esta obra se crea que el Sr. Hernández Fajarnés ha olvidado los fines críticos de la primeramente anunciada, pues sus principales cuestiones, como la Sensibilidad, Inteligencia y Voluntad, se examinan dogmática y críticamente en la *Psicología*; los fundamentos de la *Biología*, y los problemas de la Materia, Fuerza y Vida, en la *Cosmología*; y en el dedicado á la *Ontología*, los principios de la Metafísica y el Positivismo, como es fácil comprobar, considerando la doctrina de los capítulos correspondientes.

Con razón decía un crítico que el examen de los principios metafísicos y la reconstrucción crítica de las antiguas doctrinas examinadas según el valor de sus legítimas conclusiones y los datos de las ciencias, impugnando las negaciones del Positivismo contra la Metafísica, caracterizan la obra filosófica del Sr. Hernández Fajarnés, y con razón también las revistas *El Polybiblion*, *La Ciudad de Dios*, los *Anales de Filosofía cristiana*, *La Controversia*, *Cultura española*, *Razón y Fe*, y las publicaciones de los Congresos bibliográficos de París, al dar cuenta de las obras del Sr. Hernández Fajarnés, han ponderado los méritos, singularmente de la *Psicología celular*, de la *Cosmología* y de la *Lógica fundamental*, cuya originalidad, por el modo de plantear y resolver el problema lógico, según hoy lo presentan y estudian las principales escuelas de Europa, es bien notoria, pues ni en esta obra falta el fin de reconstrucción crítica que viene caracterizando sus libros de Filosofía.

A estas obras monumentales del Sr. Fajarnés debemos, ante todo, añadir el precioso estudio sobre la Patria de San Vicente de Paúl, en que tan magistralmente reivindica para España la nacionalidad del gran Santo, tenido generalmente por francés, y cuya numerosa edición se agotó casi instantáneamente, sin haber sufrido contradicción que sea debido tomar en cuenta; los diversos *discursos* que ha pronunciado en su larga vida profesional, que brillan tanto por la solidez maciza del fondo, como por la pulcritud esbelta de la forma; el *informe* meditado y profundo y de práctica aplicación sobre la *Escuela de Artes y Oficios de Zaragoza*, y los varios cursos de *conferencias* que, como primer ensayo de *Extensión Universitaria*, tanto llamaron la atención de la generalidad de las gentes que fijan su atención en estos trabajos, en los que, como en todo lo que sale de los labios ó de la pluma del Sr. Hernández Fajarnés, no se sabe qué admirar más: si el rico tesoro de la erudición, lo atento de la observación, lo profundo de la meditación ó lo desenfadado del estilo. El Sr. Hernández Fajarnés, aunque esté al tanto de todo el movimiento científico que sigue con asiduidad incesante, es tan comedido y prudente, que jamás se aventura por los derroteros de ninguna innovación no confirmada por la experiencia, y puede asegurarse que antes de poner el pie en ninguna hipotética teoría, espera á que todo haga presumir, sin riesgo de equivocarse, que la teoría no es una verdura flotante en las aguas de la opinión, sino un trozo de tierra firme, descubierto por la retirada de las aguas y desecado por el trabajo; pero en cuanto á la forma literaria de su exposición filosófica, puede decirse que es un aventurero singular, un almogavar de la pluma, que sólo rinde culto á nuestra libre tradición y á la autoridad consagrada de la Academia.

No crea nadie, por estos datos ligeramente apuntados de los merecimientos filosóficos y de la biografía científica del Sr. Hernández Fajarnés, que olvidemos que estamos hablando ante el Senado literario de la Lengua española, pues sería el más extraño y el más peligroso caso de *analfabetismo* considerar á la ciencia de to-

das las demás y de sí misma, á la ciencia del ser y del conocer, á la disciplina de la gramática general y de la lógica, á la ciencia transcendental de las causas que estudia á Dios, al hombre y al mundo bajo su aspecto genérico y universal, como ajena totalmente al arte del buen decir, al esmero en la precisión, propiedad, fijeza y esplendor del lenguaje, ese maravilloso *verbo exterior*, reflejo casi celeste del *verbo interior*, á su vez reflejo casi divino del *verbo eterno* de Dios, que centellea en nuestra inteligencia y esplende en el rayo de luz y de fuego de la palabra que enciende el sol espléndido de la civilización, ahuyentando las espesas tinieblas de la noche de la barbarie, acumuladas por los furiosos vendavales del error sobre los abismos sin fondo de la ignorancia. No: la palabra es la forma plástica de la idea, y la idea es la forma ontológica de la realidad espiritualizada por el entendimiento que preside á la epifanía reveladora de la verdad. Por eso, en términos propios de razón, no puede hablar bien el que piensa mal, porque si la filosofía es el conocimiento de la realidad, y como tal la sabiduría y el lenguaje, su más propia manifestación, la propiedad de los vocablos, será necesariamente su verdad, y la claridad su belleza; lo que unido con la bondad de su utilidad, nos dará la unidad de su poesía; poesía que no podrá ser otra cosa que el esplendor del orden que nos fascina, nos arrebatada y sublima con el espectáculo inefable del sér aniquilando con su existencia la nada que lo realza con su tenebroso vacío como la noche oscura realza y vivifica la estrella de propia y radiante luz y la nube sombría de la tormenta, el rayo deslumbrador que la rasga, la ilumina y la incendia; y he aquí por qué fué tan elocuente Platón y tan persuasivo Aristóteles; por qué deslumbra San Agustín y demuestra Santo Tomás; y he aquí también la causa de la poesía del Dante, de la serenidad de León y de la elocuencia de Granada, sin olvidar la elevación y la ternura de San Juan de la Cruz, que enamora con los arranques violentos de la pasión, la belleza que ostenta á los ojos de su extática contemplación interior, la irradiación celeste del ideal en todo el maravilloso esplendor de su divina Hermosura.

Pues por algo había dejado escrito Cicerón, como el orador prototipo de la clásica antigüedad, que no había tomado los primores de su maravillosa elocuencia en las oficinas de la retórica, sino en los pórticos y jardines de la Academia.

Sí, que en vano pretenderá nadie negarlo: á despecho de todos los retóricos de la historia y de todos los sofistas de la humanidad, el absurdo que palpita en el fondo de todo error lleva directamente al silencio de la contradicción, manifiesta en cuanto cesa el engaño producido por el disfraz con que pasa por verdad la mentira; y la evidencia inmediata que ostenta en su clara luz los eternos principios de la razón y las bases eternas de la verdad, se trasluce en toda la serie lógica del más encumbrado razonamiento y esplende y centellea, esmaltándola con el reflejo de su fulgor en los deslumbradores acentos de la palabra sincera y trasunto fiel de la idea, madre é hija de la realidad actuada por la voz creadora del verbo que habla sin principio ni fin su eterna y divina palabra en el seno inmenso de Dios.

Sin duda por todo esto aparece tan de relieve en las tareas cotidianas de nuestra Academia la profunda filosofía de nuestra lengua, que parece construída por una Academia de profundísimos filósofos; y de aquí la necesidad de pervertirla para hacerla instrumento del mal, de la mentira y del error, por donde se ve que es consecuencia indispensable de todo sistema erróneo y de toda escuela falaz expresarse en jerga ininteligible, y de toda escuela de verdad y todo sistema de razón manifestarse en el lenguaje puro y castizo de su raza, siendo, por tanto, propiedad constante del apostolado del sofisma el uso de la obscuridad, de la confusión y del énfasis, y distintivo de la predicación de la verdad y de la buena fe la claridad y la sencillez del lenguaje, que deja ver, como dice Lacordaire del estilo de Santo Tomás, la verdad en el fondo de las palabras, como se deja ver el oro puro y fino de las arenas á través de las aguas límpidas y serenas de los lagos azules; y hasta tal punto es esto cierto y de tal modo estamos persuadidos de ello, que no necesitaríamos ni pediríamos para confundir al error en to-

das sus manifestaciones filosóficas, más que condenar á los sofistas á hablar con propiedad simplemente.

Desde el momento en que desapareciese la confusión y se deshiciera el equívoco y cada palabra transparentase su concepto en toda su pura integridad, habríase desenmascarado el error y hecho imposible la mentira, que sólo logra vivir, aclimatarse y prosperar merced á la obscuridad en que se envuelve y á los apelativos de la verdad con que se titula, bastando sólo dar á cada nombre su verdadero significado y á cada cosa su verdadero nombre, para que el aparato se derrumbe y el artificio se deshaga. Que sólo exhibiéndose tales cuales son se hace imposible la lucha del error con la verdad á los ojos intelectuales del alma, creados como los ojos materiales del cuerpo para perfeccionar su operación con la luz.

Por eso son tan grandes los *clásicos* y tan importante su estudio; por eso son *clásicos* de verdad, y por eso la humanidad como *clásicos* los consagra, siendo á despecho de retóricos y sofistas como los eternos depositarios del tesoro tradicional de las verdades necesarias, acumuladas por la sabia é inteligente humanidad y conquistadas por sus genios providenciales, considerados por los santos Padres de la Iglesia y por los grandes doctores de la cristiandad como el prólogo humano del Evangelio. Dios vivo, personal, providente; el alma inteligente, libre, inmortal; la verdad, la bondad, la belleza, la razón, la justicia, el derecho, todos los inmovibles y fundamentales sillares del orden religioso, doméstico, jurídico, social; todas las piedras de las perpetuas calzadas del progreso; todas las rocas del lecho que forma el cauce eterno de la civilización, están allí consagrados con sus nombres más propios y conocidos como los dioses lares del hogar, como los divinos penates de la familia, como el verdadero *Palladium* de la ciudad, fuera del alcance y de la profanación de los bárbaros salteadores, enemigos del género humano.

Ellos, si no indispensables, son como la bóveda firmísima sobre que se alza esplendente el templo inmortal de la verdad divina, revelada por el propio Verbo de Dios en la *buena nueva* del Evan-

gelio, que no vino á crear de nuevo á la humanidad ni á innovar propiamente la Ley, sino á redimir la primera y á cumplir y completar la segunda; en una palabra, á sobrenaturalizar de nuevo y para siempre las relaciones del hombre con Dios, rotas en cierto modo por la desobediencia de nuestros padres en los albores radiantes de la creación y en los rientes verjeles del Paraíso.

Y por eso, en el estudio, meditación y lectura de los clásicos y de sus monumentos perennes, halló siempre la *buena nueva* del Evangelio asiento sólido y firme preparación, suficientes para elevar á lo alto la inteligencia del hombre, hambriento de vida y de verdad celestiales, y hallaron siempre los sofistas como la losa sepulcral de sus intentos antihumanos y antisociales, porque al consumir sus profanaciones impías les salía siempre al encuentro la voz augusta y gigante de todos los grandes genios de la antigüedad, cerrándoles el paso con la palabra inmortal de la tradición, gritándoles el *atrás* que les obligaba á retroceder y á esconderse en sus agujeros.

Por eso falló á su favor la Santa Iglesia de Roma en el litigio sin par que abrieron contra su gloria los estrechos sectarios de una especial tradición que jamás había sido cristiana, y por eso mismo aún no hace muchos años todavía, cuando con motivo de una catástrofe por el estilo de la que al presente sufre Italia, un gran Prelado y un gran escritor dió el *alerta* sobre los anuncios del tremendo peligro social que hoy padecemos, con voz que entonces sonó á imprudente exageración y que hoy nos suena á profecía, y que fué acogida con escarnio por los secuaces del materialismo científico, el sabio y celoso Prelado volvió los ojos á la clásica antigüedad, y desde el lado acá de la Cruz exhumó como voces vivificadoras los textos inmortales que del lado allá de la Cruz habían esculpido en lápidas de bronce, mármoles y oro los genios más grandes de la antigüedad antes de la Era cristiana, proclamando la existencia de Dios, su justicia infalible y su Providencia adorable, su gobierno libre y universal, y la humana solidaridad en los castigos y en los premios merecidos por las virtudes y los crímenes del linaje huma-

no, y arrancados á la diestra omnipotente de Dios por las exigencias inexorables de su justicia y los clamores incesantes de su misericordia.

Y henos aquí insensiblemente conducidos á los términos del tema y de la tesis del discurso del Sr. Hernández Fajarnés; tesis y tema en su fondo, aparentemente sencillo, tan profundo, que entraña el más hondo problema de la civilización y el más secreto arcano de la Historia.

Porque ello está averiguado ya: la civilización europea llegó á su colmo histórico en la Cristiandad, y la Cristiandad, condensando y depurando todo lo antiguo para engendrar lo moderno, había consagrado como lengua muerta el latín para que sirviera de lenguaje oficial á la Ciencia, concentrando en su forma clásica y materna de toda maternidad, de los idiomas latinos, los tesoros de la clásica antigüedad, la lengua litúrgica de la Religión cristiana, y el idioma prácticamente universal de la verdad científicamente demostrada.

Este estudio era el estudio *humano* por excelencia, el estudio de *humanidades*, antesala y vestíbulo del estudio de las *divinidades* reveladas por la Religión, el que formaba el espíritu del hombre en las grandes vías de la humanidad, sin permitirle extravíos fuera de los caminos reales de la verdadera civilización, iniciándole en los elementos de la Religión, en los principios de la Ciencia, en la historia oficial del linaje humano, en los principios jurídicos que constituyen los fundamentos sociales de toda humana sociedad que no sea un abominable latrocinio.

Pero desde el día de maldición en que el fraile apóstata rompió la magnífica unidad social de la cristiandad, amenazada por la argolla bárbara del turco, con la rebeldía de la razón individual contra la razón universal abstracta, científica, lógica, razonable, metafísica y objetiva, divinizando el error, al golpe de esta revolución insensata, se derrumbó la cristiandad, se estremeció la civilización, y á los esplendores crecientes de la más armónica unidad, sucedieron necesariamente las tinieblas, producidas también por nece-

sidad, del más anárquico individualismo. Y rota la unidad de la fe, de los sentimientos é ideales, de los medios y de los fines, tenía que romperse también la unidad de las ideas y las palabras; en una palabra, rota la unidad del Cenáculo, tenía que sobrevenir la confusión de Babel; y hoy el *analfabetismo alfabeto*, que deplora el Sr. Fajarnés, es la consecuencia forzosa de aquella triste rebelión, consumada en aquella infame apostasía.

Porque no se trata, ciertamente, de saber leer y escribir; aunque siempre se debe saber, no es esa la ciencia suprema en absoluto para todos. Labradorés conozco yo que no saben leer ni escribir su nombre, y dan quince y raya al obrero que sabe leer. pero que sólo lee los absurdos comunistas de su periódico, en ciencia no sólo religiosa y social, y en las artes que alimentan su vida, sino en sentido práctico experimental para regir su familia, administrar su propiedad y dar su voto en el común cuando se lo pide el concejo. Se trata de otra ignorancia peor, aún sólo socialmente considerada; se trata de la ignorancia de un Ravachol ó de un Morral, sólo peritos en fórmulas químicas de destrucción, anónima, estúpida y bárbaramente brutal; pero alimentada por otra ignorancia aún peor, la ignorancia de sus maestros, que por enseñanzas sin Dios, por olvido de sus creencias, por ignorancia de toda lógica y metafísica racional, adoran á la nada en lugar del ser, se encadenan buscando la libertad, dan su sangre en favor de la tiranía y creen redimir al pobre de solemnidad cuando lo desheredan de veras, no sólo de los consuelos y de las recompensas de la religión, de los fraternales auxilios de la caridad religiosa, sino de toda redención por el progreso moral y por la dignificación del espíritu, y por toda mejora social predicada y practicada á la vez por el mandamiento mayor que impuso Dios á los hombres, y que encargó Jesucristo que pusiese en práctica su Iglesia, como lo llevó á cabo en la Historia, fundado sobre las ruínas de la pagana esclavitud, la libre democracia cristiana, cuyo ideal en vano se pretende desconocer en esas comunidades de hermanos en que tanto el hijo del rey como el mendigo ambulante, una vez cubiertos con el mismo tosco

sayal, comen el mismo mendrugo, comulgan en el mismo altar y se llaman amorosamente: Hermano mío.

Contra el analfabetismo bestial que en nombre del amor al pobre anatematiza esa ideal democracia y entrega á las llamas el templo de la igualdad, el ara de la libertad y el hogar de la fraternidad cristiana, simplemente por odio á Dios, no bastan los severos y luminosos fulgores de la ciencia cristiana ni de la metafísica racional más elevada y más honda; es preciso el auxilio directo, eficaz é incontrastable de Dios que ilumina las inteligencias y que mueve los corazones. Pero como, al fin y al cabo, escrito está que la fe viene del oído, y Dios ha prometido escuchar al humilde que se la pide con la voz clamante de la oración, nos encontramos forzosamente ante un dilema tan sencillo como evidente: ó conformarnos con el eclipse de la civilización durante la larga noche de la barbarie que nos anuncian lúgubrementes sus heraldos; ú orar, esto es, elevar nuestra sincera y humilde palabra á Dios y á nuestros hermanos los hombres, para que Aquél enseñe y éstos aprendan la verdadera sabiduría que enseñó á la más culta á la par que corrompida sociedad el camino que la sacó de entre las sangrientas ignominias del *spoliarium* para transfigurarla en el Tabor de la santidad con la luz increada que irradiaba sobre sus santos la Persona divina del Verbo.

La Real Academia Española, que empieza y acaba sus Juntas implorando el auxilio y las luces del Espíritu Santo para que haga fecundas sus tareas en pro de la pureza y del esplendor del lenguaje, conoce perfectamente el lazo de oro que une el Verbo divino de Dios con el verbo humano del hombre, y la verdad de la palabra del sabio con el progreso de la humanidad, la civilización de la sociedad y los grandes destinos de la historia.

Dijo Aristóteles que el mejor uso que el hombre podía hacer de su cuerpo era orar. Oremos todos la palabra eterna de Dios en los oídos de Dios y de los hombres; pero orémosla en español. Según Carlos V, que conocía muchas lenguas, la española era la más propia para hablar con Dios; no la hagamos indigna, prostituyéndola

á las exigencias de los errores más impíos y más inmundos, de ser usada entre los hombres que no hayan abdicado su humana personalidad en el conglomerado de estiércol, compuesto de ázoe y de fosfatos, que ha de resolver por los abonos humanos sustraídos á la sombra tutelar de la Cruz en el silencio de los cementerios y aplicados á la agricultura en los campos, según Mollescot, la cuestión social que nos espanta y que otros sabios pretenden que se resolverá aún mejor por la antropofagia del canibalismo imperante, una vez triunfantes en toda la humanidad los dogmas científicos del materialismo positivista, contra los que tan brillantemente ha luchado la palabra hablada y escrita de nuestro nuevo compañero, que todavía hasta en el día de hoy no ha querido distraernos con otro empeño que el de clamar suplicante el auxilio de esta docta Corporación en defensa de las grandes verdades, honor y gloria del linaje humano, socavadas en gran parte ya, por culpa absolutamente de todos, por los eternos é irreconciliables enemigos de la verdad, del orden, del progreso, de la libertad y de la civilización, y, por lo tanto, del lenguaje.

HE DICHO.

